



Francisco Acosta, rodeado de compañeros a su llegada a la estación de Sevilla.

SEVILLA

Paquito Acosta, a hombros

Sevilla ha dado un buen porcentaje de nombres —mejor de hombres— al proceso 1.001. De «los diez de Carabanchel», que ya no son diez, sino cinco, tres eran sevillanos: Eduardo Saborido, treinta y tres años, administrativo del ramo del metal; Fernando Soto, treinta y cinco años, chapista, y Francisco Acosta, veintiocho años, taxista últimamente, antes obrero del Servicio Municipal de Transportes Urbanos.

Paquito Acosta no solamente fue el primero de los diez en abandonar Carabanchel, sino el primero de los tres en llegar a Sevilla. Cuando los altavoces de la estación de San Bernardo anunciaron en la noche del 17 de febrero que estaba para entrar el Talgo procedente de Madrid, más de mil personas congregadas en los andenes se pusieron a gritar:

—¡Acosta, Acosta, Acosta!

Paquito Acosta no tiene hijos que le dijeran que viniera en tren. Pero si cientos de amigos que llenaban la estación, ante la vigilancia de la Policía Armada protegida con cascos. Cuando Paquito bajó del vagón con sus padres y con Luz María, su mujer (tres años de infatigable lucha por la libertad de su marido, a quien detuvieron por primera vez al día siguiente de casados), los aplausos resonaron en la estación sevillana

como en la Maestranza. Y como diestro triunfante, fue sacado a hombros. Muchos lloraban. Los padres de Paquito, también:

—No toquéis las palmas, no vaya a ser que nos lo metan otra vez en la cárcel...

Paquito y Luz María pasaron por el pasillo que le habían abierto los compañeros de trabajo. Luz María llevaba en la mano el ramo de flores que le habían obsequiado, como a la mujer de un personaje importante. Paquito, para los trabajadores sevillanos, lo es. Es el primero de los liberados. Se sabe que Fernando y que Eduardo vendrán pronto. Mientras, como un trabajador andaluz más de esta hora de paro, Paquito ha empezado a buscar trabajo:

—Me presentaré en la Empresa Municipal de Transportes, donde fui despedido, y pediré empleo de nuevo, porque considero que debo volver allí, ya que estuve trabajando en los autobuses bastante tiempo. Y creo que hasta las próximas elecciones soy todavía vocal provincial del Sindicato de Transportes...

De los transportes que no entendía Paquito hasta su llegada a Sevilla era de los trasladados a hombros, entre aplausos, con flores. Como un torero que hubiera lidiado un difícil miura que llevaba en el lomo herrado el número 1.001. ■ ANTONIO BURGOS.

MADRID

La semana negra de Andalucía

A mediados de febrero iba a celebrarse en el Colegio Mayor San Juan Evangelista la I Semana de Andalucía. Fue suspendida.

Por los mismos días en que debía de haber terminado (si es que se hubiera desarrollado), la autoridad gubernativa precintaba el local de la Asociación de Cultura Popular y Folklore «La Carcelera», que funcionaba desde mayo de 1974 de una manera regular, aunque con escasa resonancia (son muchos los interesados en el tema que han sabido de sus existencia por la noticia de la clausura). Entre los fines de «La Carcelera» figuraba el de «investigar y divulgar la cultura popular andaluza».

También por esas fechas —y mientras Federico Villagrán, director de «El Correo de Andalucía», declaraba ante el Tribunal de Orden Público por la publicación de una homilía del monseñor Añoberos—, la Delegación Provincial del Mi-

nisterio de Información y Turismo procedía al secuestro cuatrelar administrativo del número 6 de «La Ilustración Regional». Esta revista mensual tiene apenas medio año de vida, y nació, según sus propósitos fundacionales, para informar ampliamente sobre la problemática andaluza. Con una tirada cercana a los seis mil ejemplares y setecientos suscriptores, la publicación, que adolecía de un explicable hispalocentrismo, iba poco a poco afirmándose y dándose a conocer por toda Andalucía. «Este número —nos decía Soledad Becerril, miembro del Consejo— era menos sevillanista que los anteriores, y llevaba, por ejemplo, cosas interesantes sobre Málaga... El secuestro es económicamente grave, y más grave aún que cierren un posible camino regional... Los tres temas que al parecer han motivado el secuestro eran, efectivamente, regionales. La «cover story» es un trabajo de Manuel Pizán, delegado de la publicación en Madrid, titulado «Andaluces en Bruselas», donde se recogen opiniones de Antonio Fontán, Alejandro Rojas-Marcos y Santiago Roldán, los tres sevillanos asistentes a la reciente reunión europea. En sus declaraciones, Rojas-Marcos emplea la expresión «poder andaluz». El segundo trabajo sería la crónica regional de Antonio Burgos, titulada en esta ocasión «Si somos el futuro de España...». El autor comentaba las manifestaciones del señor Gutiérrez Cano, ministro de Planificación del Desarrollo, afirmando que en Andalucía estaba el futuro de España. Burgos estima que uno de los puntos que ha molestado de su crónica-resumen de la actualidad regional es la reproducción de un texto emitido por un grupo de viejos andalucistas, reunidos no hace mucho en Córdoba, donde se explicaba cómo es la bandera andaluza. El texto lo reprodujo el diario «Sevilla», perteneciente a la cadena de Prensa del Movimiento. En él se hablaba de que el escudo de Andalucía iba bordado en la franja central blanca (la

«GARCIA LORCA, ASESINADO»

LA EXHUMACION DE UN CRIMEN

Las palabras «García Lorca, asesinado» se escriben ahora por primera vez en la prensa española desde que fuera, efectivamente, asesinado, hace treinta y nueve años. El tema se ha conservado a medias palabras, en alusiones veladas y misteriosas, como las familias conservan algunos de sus secretos; como la familia de «La mordaza», de Alfonso Sastre. Aún ahora, el autor de esta frase, que es el título de su libro, incluso complementado con la promesa de «Toda la verdad», dice que «algunos de sus datos habrá que leerlos entre líneas». Y aún ahora el señor Fraga Iribarne, miembro del Jurado que dio el Premio Espejo de España de la Editorial Planeta al libro de José Luis Vila San Juan, pronuncia la horrible frase de que a García Lorca «había que descubrirle de una vez para enterrarle de una vez» («Pueblo», día 17-11-75), y el autor empuña el contenido de su título con la expresión de que «no ha sido un crimen político, sino un crimen estúpido» («Informaciones», 17-11-75).

El hecho del premio y del libro —sin entrar en lo que pueda ser el contenido de éste, puesto que aún está inédito y habrá que conocerlo para considerarlo— tienen una importancia excepcional. Las palabras «García Lorca, asesinado» han sido suscritas por un Jurado en el que figuran algunas personalidades importantes de la época del «suceso», como Arcilza, Serrano Súñer,

Manuel Aznar. El acto literario ha sido presidido por personalidades de la hora presente, como el ministro de Información y Turismo, León Herrera; el director general de Cultura Popular, Miguel Cruz Hernández; el teniente general Díez-Alegria y el alcalde de Madrid. Quiere ello decir que el silencio político —porque nadie negará, también, que este silencio ha sido político— se ha roto. O que ha explotado. Lejos, muy lejos de la frase de Fraga. Es algo que no se enterrará nunca de una vez. No se ha borrado en milenios la sangre manando de los puños de Séneca o la cicuta en los labios de Sócrates.

La muerte de García Lorca no fue única ni solitaria. Ni estúpida, ni excepcional. El que fuera único y excepcional García Lorca no implica que lo fuese su asesinato. Fue uno más entre muchos, en el contexto de una España a sangre y fuego, de una España en la que españoles mataban a españoles. La fijación de ese contexto en un personaje, todo lo gran poeta que ese personaje fuese, nos ha de servir para comprender todo el contexto. Su aislamiento no tiene sentido —más que biográfico, aunque eso ya sea mucho—, si no sirve para comprenderlo todo: toda la verdad, y no sólo la verdad de García Lorca, sino la de su símbolo, la de su generalidad.

Si el largo retraso en romper este silencio ha sido un oprobio para quienes lo han mantenido, el estallido de la cuestión a partir de este libro premiado puede ser de una enorme oportunidad. Una lección para exhibir ante quienes, ahora, quieren resucitar una España negra de la que son sobrevivientes y quieren volver a instaurar el miedo del español por el español. ■

(En las páginas 25 a 29, «La muerte de Federico García Lorca», por José Monleón.)



POR LAS BUENAS O POR LAS MALAS

Hay frases que hielan la sangre en las venas en estos días revueltos en los que los delfines se agitan en las aguas. Fraga Iribarne tiene un estilo abrupto y tosco y ha sembrado con él, otra vez, sus escasos días en Madrid, su viaje desde la ilusión a la decepción. De entre su florilegio hay una frase realmente grave. Es aquella que dijo cuando presentaba el libro de Elorriaga "Democracia fuerte" —inquietante lema—, y dijo que el país va a entrar en una fase de reforma política que es inevitable "por las buenas o por las malas". Su equivalencia es clara: o es por las buenas, con él, o sin él sería por las malas. Como decía De Gaulle —y no fue el primero ni el último en plantear el dilema—: "O yo o el caos". Curiosamente, el gran caos se produjo por lo menos dos veces durante el Gobierno del general —la OAS, el mayo de 1968—, y no se produjo nunca más después de su retirada de la política. La noción de caos y la noción de orden que tienen muchos políticos es algo puramente subjetivo. Como la idea de subversión, de la que tanto se abusa en estos días.

Hubrá personas que prefieran que el cambio se produzca por las malas, a condición de que su protagonista no sea Fraga; habrá personas que supongan que la reforma política de la que Fraga sea héroe será en sí por las malas. Y habrá quien crea que se puede hacer por las buenas a condición de que no respire Fraga Iribarne y se mantenga en su grata residencia de la Duquería —como llaman los ingleses a la plaza, al "square" donde está la Embajada española, que en otros tiempos fue residencia de duques: el último que se vio por allí fue al de Primo de Rivera—.

Lo que más sorprende de esta aventura fallida —por ahora, sólo por ahora— de Manuel Fraga Iribarne y las personas que arrastró a ella, es que no hayan podido prever hasta dónde no llegaba el juego asociativo. Lo que más sorprende es que no supieran a qué tenían que enfrentarse. ¿Cómo estando dentro no advirtieron que había otros más dentro que ellos? He aquí una falta de sagacidad que podría descalificar a un político que pretende instaurar tiempos de sagacidad.

"Juego limpio" pide Fraga; algún acólito se queja de que no lo haya del todo. Malas lenguas dicen que para Fraga el juego limpio hubiese estado en que le dieran veintiocho gobernadores civiles y un periódico, y el juego no limpio, en que les den a los otros todos los mandos de provincias y una red de periódicos y de emisoras de radio.

Mientras tanto, aquellos a los que nadie da nada, aquellos que ni siquiera lo piden, están fuera de juego. Abocados a la alternativa fraguista: "por las buenas o por las malas".

¡Disputas entre herederos! Vieja escena repetida por el teatro, la literatura, el grabado. Delfines en aguas turbias. Antes de que vuelva a España la gran política —la de las ideas, la de las ideologías, la de la busca de soluciones y la necesidad de la sanción pública—, está volviendo la pequeña política, la del puñal oculto a la espalda, la de la amenaza, la de la fuerza y la zancadilla. No parece que sea ése el camino. ■

POZUELO

bandera es blanca y verde, como la camiseta del Betis). Y Burgos se preguntaba si no habría ya alguna Marianita Pineda bordándolo. Pero —dice—: «No hablaba nada de separatismo. Nadie se va a inventar un separatismo que no hay».

El tercer trabajo cuestionado es original de Amparo Rubiales, profesora adjunta en la cátedra de Derecho Administrativo del rector Clavero Arévalo. Su artículo —«Un futuro regionalista para Andalucía»— trata el tema de la descentralización desde un punto de vista técnico y administrativo.

BALEARES

Miró ofrece, Mallorca rechaza

● Cuando Joan Miró cumplió ochenta años, los poetas mallorquines compusieron una serie de poemas en su honor, que, una vez coleccionados, formaron el libro «El vol de l'alosa» —«El vuelo de la alondra»— que el propio Miró cuidó de ilustrar.

Pedro Serra, periodista mallorquín que lleva más de trece años editando y dirigiendo el diario «Majorca Daily Bulletin», publicado en lengua inglesa, editó el libro —una auténtica joya— y convocó el Premi Internacional de Pintura Jove «Joan Miró», para artistas menores de veinticinco años y dotado con setenta mil pesetas.

Este certamen, patrocinado y organizado por el periódico mallorquín en lengua inglesa, debería ser asesorado por la dirección de la palmesana

Si en Madrid no han ido muy bien las cosas para el Sur; peor están allí. He aquí algo de lo que dice la prensa sevillana: «84.744 parados en Andalucía», «17.000 parados en Sevilla», «Se cierra la Universidad», «Mil quinientos estudiantes se encierran en el palacio de San Telmo», «Obreros despedidos se recluyen en la parroquia de la Candelaria»... Y problemas en Málaga, huelgas en el Marco jerezano y en la marisma almonteña. Y en la cuenca minera de Huelva «malestar de muchos grados».

Y etcétera, etcétera. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

sala Pelaires, galería de arte en la que el propio Joan Miró expone cuando lo hace en Palma y que, con motivo del octogésimo aniversario del pintor, expuso la serie de grabados que lleva el nombre de Mallorca, como homenaje de Miró a la isla de donde es oriundo, en la que nació su esposa y en que se halla afincado desde hace largos años, viviendo y trabajando en la casa y el taller diseñado por su gran amigo Josep Lluís Sert.

Ahora se ha fallado el premio en cuestión. Formaron el Jurado Moreno Galván, Manolo Hernández Mompó, Ciriaci Pellicer, Josep Meliá, Camilo José Cela Conde y el director de la sala Pelaires, Josep Pinya. En las paredes de la galería, cuarenta y cinco obras seleccionadas de las

ochenta recibidas de todos los continentes hasta donde había llegado la convocatoria del certamen.

El premio hubo de ser duplicado para que fuera un muchacho de Jaca, Enrique Iruste, de veintidós años, afincado hace bastantes en Mallorca, quien compartiera con un mallorquín, Pere Gelabert Balle, de veintuno, el honor, ya que no el importe, del primer premio de la edición inicial a la que seguirán sucesivas convocatorias anuales hasta un total de diez, según está previsto en principio.

Sin embargo, el primer problema se ha planteado ya. En Mallorca no existe ningún museo, ninguna sala pública, ninguna fundación, ninguna institución que pueda hacerse cargo de las dos obras premiadas, que quedan en poder de la organización, deseosa de entregarlas a la ciudad, la isla o la provincia.

Ante esta situación, Pedro Serra, patrocinador del concurso, ha decidido entregar las obras a la Fundación Miró, de Barcelona.

Y mientras el pintor homenajeado declara que el concurso es, en realidad, un homenaje a Mallorca, las obras viajarán a Barcelona, porque en la isla no existe una sola pared pública donde exhibirlas decentemente. Si a Miró se le ocurriera donar una colección de obras, éstas tendrían que guardarse embaldadas en algún lugar o ser colgadas de las paredes de las oficinas y despachos del Ayuntamiento de Palma o de la Diputación de Baleares, habiendo compañía a cientos de obras que llevan allí decenas y decenas de años y algunas el siglo.

Miró ha visitado la exposición de las obras concursantes, que se hallan expuestas en la sala Pelaires.

Allí ha mostrado su enorme vitalidad, sus deseos de seguir trabajando y viviendo.

En su estudio de So'n Abriñes ha montado su taller de grabado y en él trabaja sin tener en consideración ni siquiera su edad. Hay que arrancarle de la mesa en que graba para que coma, descansa o atienda a sus amistades.

«Tengo mucho trabajo —dice, ilusionado— y me siento joven, con ganas de terminar lo iniciado. Sólo me interesa, por ahora, el trabajo que tengo entre manos».

¿Qué significa este «por ahora»? Significa vitalidad, vitalidad. El mismo, al hablar del concurso y de la exposición, insiste: «En los trabajos presentados hay vida. Estoy realmente sorprendido de la

